

Ramón López Velarde: la realidad de lo imaginario

Jesús Ugarte

*...me atengo a la quiromancia como la vacuna.
Confundo las leyes de Newton con la fatalidad.
Mi creencia de cábala. Mi arte de amuleto.*
Ramón López Velarde

La madrugada del 19 de junio de 1921 moriría, en medio de sollozos y un gran desconsuelo, quien fuera considerado a partir de ese momento como uno de los poetas más emblemáticos del país. Ramón López Velarde tuvo un desenlace tan paradigmático que si no existieran los testimonios de amigos y familiares que estuvieron cerca de él, podríamos creer que las historias anteriores a la muerte del jerezano son resultado de querer enarbolar su condición de poeta nacional. Sin embargo, la realidad es otra.

Quince años después del trágico episodio, Jesús B. González, amigo íntimo del poeta, relató en «Cómo murió López Velarde» —*Revista de Revistas*— una historia tan increíble que podría pensarse como el punto de partida de todas las hipótesis que se fueron haciendo en torno al terrible deceso del autor de «La suave Patria». Una parte de este relato explica que, en cierta ocasión, Ramón y él se encontraban charlando en un bar de la Ciudad de México cuando una gitana irrumpió con su llamativa presencia en el lugar y empezó a invitar a los presentes a que extendieran su mano para leerla. El poeta accedió a la petición de la extraña mujer que, al revelarle su suerte, lo hizo palidecer.

*¡Amas mucho, mucho, a las mujeres, pero las temes! ¡Tienes miedo también de ser padre! ¡Esta línea me dice que morirás de asfixia!*¹

Existen muchas investigaciones que indagan sobre los detalles que envuelven el misterioso suceso de aquella noche. Hoy sabemos que lo más probable es que López Velarde haya muerto de una

* Este ensayo obtuvo el primer lugar en la categoría Licenciatura en el Certamen de Ensayo Juvenil «Ramón López Velarde» 2021.

¹ Jesús B. González, «Cómo murió López Velarde» en *Revista de Revistas*, 21 de junio de 1936.

neumonía luego de un paseo nocturno que se extendió varias horas, debido al interés que tenía en la obra de Montaigne. En todo caso, no podemos evitar sorprendernos de la exactitud de la gitana al retratar a López Velarde y, al mismo tiempo, adivinar su muerte. Aunque nos cueste trabajo creer en algo así, no cabe duda de que la vida del escritor fue poco común, y esto repercutió directamente en su producción literaria que manifestó siempre una simpatía por el pensamiento mágico y las ciencias oscuras.

El jerezano estaba orgulloso de considerarse un supersticioso. En muchos de sus poemas podemos advertir esta afinidad que se integra incesante y sirve como recurso para consolidar una imagen completa, un sentir o una solución parcial a sus interrogantes. En el universo lopezvelardeano existen muchas coincidencias que consiguen hacernos partícipes del pensamiento mágico, en el que fantasía y realidad pueden llegar a encontrarse y formar parte de un mismo espacio. Los poemas «Día 13», «Treinta y Tres», «Que sea para bien...», entre otros, dan cuenta de este hecho, y en ellos se puede percibir a un poeta que acepta su transparencia en todo lo que le parece adecuado integrar, a pesar de que esto pueda incluir ideologías opuestas; es decir, su poesía no excluye elementos que son diferentes a su catolicismo, sino que transforma con estos una visión en la que todo puede coexistir. En este sentido, López Velarde admite un mundo de saberes en su producción literaria, sin discriminar entre los que son más aceptados por alguna creencia o los que resultan menos «oscuros». Para él, la vida transcurre oscilando constantemente sobre una y otra forma de creer que son las cosas y no en un conocimiento que compruebe de manera exacta sus fenómenos.

La superstición no le parece un error de los antiguos sino los restos de una sabiduría perdida y que no es del todo incompatible con las creencias modernas [...] esto es difícilmente conciliable con el dogma católico, pero no daña lo que yo llamaría su ortodoxia

de corazón. Su pesimismo es capítulo de mayor gravedad.²

Algunos versos del poema «Día 13» permiten darnos cuenta de esta integración de realidades alternas que invoca. Cuando el poeta dice «Mi corazón retrógrado/ ama desde hoy la temerosa fecha» existe una plena aceptación a la costumbre de considerar los días trece como días de infortunio, y confiesa, además, tener los sentimientos puestos en algo que no es más que una superstición. Otra confesión se hace cuando escribe «mi corazón oscurantista clama/ a la buena bondad del mal agüero», entendiéndolo por «corazón oscurantista» a esta tendencia emocional que lo lleva a creer en fuerzas oscuras. En la última estrofa comprendemos que el autor busca en la esencia misma de la superstición algo que verdaderamente repercute en su momento de nostalgia, traspasando la realidad del tiempo, para hacer perdurar la imagen de sus sueños: «Superstición, consérvame el radioso/ vértigo del minuto perdurable».³

El poeta era un defensor de las creencias y también de una humanidad conformada por elementos racionales e irracionales. Concebía lo humano como un conjunto de eventos inevitables en los que las emociones terminaban venciendo incluso al más rígido de los hombres. Las respuestas que busca no las encuentra en la ciencia ni en la filosofía. La esencia misma de su obra se centra en esa eterna búsqueda, en ese andar por los versos sin temer ser escuchado, en lanzar preguntas sabiendo que quizá jamás serán respondidas. Es por esto que no se le puede encasillar en alguna escuela de pensamiento, ni relacionar con algún personaje en términos ideológicos. La del escritor es una historia personalísima a la que solo nos podemos acercar, con cierta aproximación, cuando leemos sus versos. En todo caso, queda clara la posición

² Octavio Paz, *El camino de la pasión: Ramón López Velarde*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 52.

³ «Día 13», en Ramón López Velarde, *Obras*, José Luis Martínez (compilador), Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 190-191.

que tenía con respecto al conocimiento, al desarrollo tecnológico y al mundo científicista.

¿Hasta dónde alcanzaría la desolación del planeta si la carne humana fuese ración en vez de individualidad? Quienes sueñan todavía en convertir la Tierra y el cielo en esferas inmunes, relativamente perfectas y relativamente hieráticas, de seguro no han sentido batir sobre su frente las alas salvadoras de lo fortuito, de lo libérrimo, de lo personal.⁴

Si nos situamos en el contexto histórico donde se desarrolla la vida del poeta, encontramos que el terreno era infecundo para un pensamiento de tales dimensiones. El positivismo llenaba, en buena medida, las ilusiones de un México en desarrollo, convulsionado por los conflictos armados y con esperanzas de impulsar la maquinaria política. Todo lo que existiera fuera de esos parámetros podía sonar inútil, caprichoso y arcaico. La objetividad, el método científico y la consolidación de un Estado laico eran los pilares sobre los que la ideología de la época se apoyaba para coadyuvar a la instauración de un orden social. López Velarde no se quedaría sin dar su opinión acerca de esta corriente que le parecía absurda y, en más de una ocasión, el jerezano criticó duramente las intenciones que tenía de instaurar un pensamiento que deshumanizara y limitara el espíritu. Los extremos le parecían indignantes. Prefería los espacios en donde se pudiera respetar cualquier tipo de creencia, y abogaba por la tolerancia que nacía de no asumir como absoluta una sola idea.

Un personaje de la talla de Ramón López Velarde no podía sino convertirse en un contrapeso de toda esta cosmogonía adversa a los principios de un pensamiento independiente. El poeta fungió como partidario de la libre expresión, antes de que existiera plena conciencia de esta necesidad en el México moderno. Podemos considerarlo un revolucionario, un mediador entre los hombres de razón y sentimiento. Confiaba en que esa

⁴ «La guerra». *Ibidem*, p. 477.

rigidez objetiva terminaba y, después, devenía en una condición tan sensible que era inevitable sostener el peso de una racionalidad dominante.

Sirve de poco el áncora de nuestras lamentables filosofías cuando un soplo sentimental hincha las velas y empuja la barca mar adentro [...] y un día sentimos que el cálculo flaquea para dar cabida a la emoción, y nuestra vanidad de rígidos cerebrales se ve castigada cuando nos posee un impulso de llorar o de amar.⁵

El pensamiento mágico tan característico de López Velarde no debe pensarse solamente como un medio utilitario para sus composiciones creativas. Es un recurso tan necesario como la realidad misma, pues a través de ella se logra pensar en alternativas que cruzan la gruesa coraza de una sociedad hermética.

La muerte del poeta no fue solamente un evento lleno de intriga, sino también una oportunidad de pensar en la fuerza que tienen las palabras y los embates personales. Los amores de Ramón fueron el *leitmotiv* de su producción literaria, su debilidad y constante sufrimiento que lo llevaban a cuestionarse sobre su propia identidad. Uno de sus últimos poemas, titulado «Treinta y tres», sirve como repaso de una vida que, aunque sufrida, resulta emocionante.

Plenitud de cerebro y corazón;
oro en los dedos y en las sienas rosas;
y el Profeta de cabras se perfila
más fuerte que los dioses y las diosas.⁶

Este poema juega de nuevo con la numerología y la creencia de que su edad representa un momento especial para contemplar su vida, como si se tratara de un resumen o la culminación de un Ramón conflictuado por dos mundos interiores. En muchas culturas el treinta y tres simboliza precisamente un

⁵ «Nuestra casa». *Ibidem*, p. 390.

⁶ «Treinta y tres». *Ibidem*, p. 247.

equilibrio, la sabiduría por la cual el individuo se reconoce plenamente y concilia las fuerzas que en su interior se hallan en conflicto. Así pues, el poema se convierte en un testimonio de cambio, de madurez, de reflexión ante las desgracias que le han tocado vivir, pero también hacia las emociones que no había sabido apaciguar. Por eso habla de plenitud, de un balance entre la razón y el sentimiento, dándole su lugar tanto a una como a la otra, sin salir de su universo literario que sigue reflexionando en las formas metafóricas una realidad inevitable.

La delgada línea entre lo real y lo fantástico, que de pronto se exalta en las obras literarias, no podría ser plasmada si no se le reconociera desde el horizonte cotidiano. Así lo entendieron escritores como Juan Rulfo, que tomaron de las formas costumbristas las voces que darían forma a personajes inmersos en sus propias vacilaciones. Y es que, al final del día, las supersticiones son eso: vacilaciones alteradas por la fragilidad del hombre ante la realidad, una que muchas veces resulta insatisfactoria si se le coarta la posibilidad de explorar nuevos rumbos.

Julio Cortázar, un defensor y creyente de lo fantástico, es otro escritor al que las circunstancias personales lo convirtieron, desde muy temprana edad, en un personaje cercano al pensamiento mágico o, como él decía, al sentimiento de lo fantástico. Su literatura no conoce diferencias entre una extraña eventualidad y una situación perfectamente posible. Las excepciones se encuentran en hechos inusitados como una muerte misteriosa a la que no solo se puede aceptar sino que también se le comprende como una consecuencia natural. En muchas de sus entrevistas y conferencias para universidades, relata eventos que podrían pasar como imposibilidades absurdas pero que para el autor de *Rayuela* no tienen mayor misterio que el de cualquier momento ordinario. De esta forma, las líneas que pueden existir como modelo de representación de lo real se trastocan, se yuxtaponen y a veces, incluso, desaparecen sin dejar ya algún camino por el que sea posible transitar hacia una explicación cercana. Al igual que López Velarde, el argentino tiende a jugar con estas re-

laciones imaginarias, desde las cuales tiene un mayor contacto consigo mismo y sus extrañas coincidencias.

Me di cuenta de que yo vivía sin haberlo sabido en una familiaridad total con lo fantástico porque me parecía tan aceptable, posible y real como el hecho de tomar una sopa a las ocho de la noche.⁷

Las dos vidas del poeta, como sugiere Xavier Villaurrutia en su prólogo de *El león y la virgen*, son también los dos mundos que fluctúan entre primeras impresiones y posibilidades interpretativas, entre realidades parciales y eventos maravillosos.⁸ Así como había una pugna interna en la que «cielo y tierra, virtud y pecado, ángel y demonio»⁹ se encontraban, también había una confrontación constante de realidades que abonaban a su producción literaria. Era inadmisibles para él concebir el arte de otra manera, sobre todo porque el ejercicio que implica evocar las maneras imperfectas del alma, de lo más íntimo de nosotros, no pueden ser encasilladas en explicaciones absolutas.

En una crítica a Celedonio Junco de la Vega, quien fuera miembro de la Académica Mexicana de la Lengua, el jerezano dice lo siguiente:

Vuelven insalubre el ambiente los preceptistas enfatuados y los dómynes con ínfulas académicas cuyo cerebro concibe el arte como un testamento de rigideces geométricas. Para los tales, un tratado de estética se confunde con un manual de paleontología.¹⁰

⁷ Julio Cortázar, *Clases de literatura*. Berkeley, 1980, Alfaguara, México, 2013, p. 50.

⁸ Xavier Villaurrutia, «La poesía de Ramón López Velarde», en Ramón López Velarde, *El león y la virgen*, Xavier Villaurrutia (selección y prólogo), UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 40, México, 1993, 3ª. edición, p. X. <https://fdrlv.colsan.edu.mx/wp-content/uploads/2020/04/1993_elleon-ylavirgenC.pdf>.

⁹ *Ibidem*, p. XI.

¹⁰ «Reseñas bibliográficas», en Ramón López Velarde, *Obras, op. cit.*, p. 507.

El gran amor no correspondido de López Velarde fluctúa entre una realidad dolorosa y un imaginario evocativo. Fuensanta es la mujer imaginaria, la personificación de sus letras que existen de una lamentable realidad. De ese dolor fecundo nace la mujer idílica de Ramón, a la que va dándole forma hasta hacerla evidente. En este sentido podemos decir que se crea otra mujer a partir de Josefa de los Ríos, a quien sentimos cercana no por una descripción pormenorizada sino por la asociación emocional con él. Queda claro que esto no sería posible de haber una situación distinta, es decir, que Ramón triunfara en el amor y fuera finalmente correspondido. José Emilio Pacheco llama a esto la «posesión por pérdida».¹¹ Se trata de una posesión porque de lo que se apropia el poeta no es de la persona, su forma física, sino del imaginario construido a partir de la figura amada; de esta manera, al perder a la mujer real se gana a la imaginaria. Es por esto que, a la muerte de Josefa, le siguen poemas que revitalizan su presencia espectral. Esta misma situación la podemos relacionar con los lugares que el jerezano elige como escenarios de su poesía. Su lugar de origen es retratado de manera nostálgica en el poema «El retorno maléfico», aunque ya no es posible reconocer a esa región de su niñez, que a su vez es solo la interpretación de ese espacio a través de sus emociones. La «suave Patria» también es algo que se está perdiendo. Lo que existía como aspecto ineludible a los ojos del poeta se siente de pronto lejano y frágil. De lo que se escribe es de lo que se está perdiendo o, mejor dicho, de lo que está terminando. Una nueva etapa transforma la infancia de Ramón en una aparente incertidumbre. Pero existe la intención de recuperar algo de lo que se aleja, como si haciendo este acercamiento se pudiera evitar el paso firme del tiempo.

Muchos artistas dentro y fuera del país concibieron las particularidades de su generación como una oportunidad de cambio. Tablada y Vasconcelos veían en los países orientales una nueva perspectiva espiri-

tual y filosófica. Fernando Pessoa, otro defensor de las subjetividades, promovía, al igual que el jerezano, una argumentación sólida sobre los impedimentos de una vida inmersa en la rigidez del cientificismo. Mencionaba, por ejemplo, la imposibilidad de llegar a una meticulosidad tan exacta en los procesos de observación científica, toda vez que era el mismo hombre quien, después de obtener resultados a través de complejos aparatos, tenía la responsabilidad de interpretarlos y hacer algo de ellos.

La investigación por medio de aparatos parece, a primera vista, ofrecer un proceso seguro, o por lo menos más seguro que cualquier otro, para alcanzar la objetividad. Pero no es así. Estos aparatos, tras haber sido fabricados por nosotros, es decir, bajo la acción constructiva de impresiones nuestras, tienen, además, que ser leídos por nosotros.¹²

Sería una equivocación entender al jerezano como un desertor del desarrollo moderno. Lo correcto es entenderlo como un sentimental que, desde su plena autopercepción, contribuye al ejercicio de la introspección sin caer en el error de anteponer ciertas virtudes. Se puede decir entonces que la de Ramón es una motivación que parte de la idea de darle a cada hombre la posibilidad de contribuir, bajo sus propios criterios, a las opiniones de carácter público. La creencia de que existe un solo camino por el que se debe regir el individuo para llegar a la verdad no es para él sino un absurdo.

Es bien sabida la relación de López Velarde con la provincia, con sus recorridos incesantes por Aguascalientes, San Luis Potosí y Zacatecas, que resultaron ser un elemento esencial para su obra y en el destino particular de sus amores. La Ciudad de México, lugar de acontecimientos importantes para el poeta, estaba inmersa en una congestión de eventos apresurados y la provincia aún guardaba ese aire de misterio, de voces

¹¹ José Emilio Pacheco, *Ramón López Velarde. La lumbre inmóvil*, Marco Antonio Campos (selección y epílogo), Era, México, 2018, pp. 15-16.

¹² Fernando Pessoa, *Obras em Prosa*, Cleonice Berardinelli (compilador), Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1982, p. 560.

que invocaban con la mayor seguridad un conocimiento que distaba de los últimos descubrimientos científicos pero que, aun así, formaban parte de su realidad. De esa tierra alejada del epicentro de grandes innovaciones, de ecos nostálgicos que abrazaban la memoria, surgieron los mejores versos del siglo XX.

La patria íntima es también la patria que acepta dos realidades. La que reconoce desde la individualidad a sus ciudadanos y no asume posturas que socaven sus percepciones. De esta forma, «La suave Patria» se convierte no solo en una visión sublime y nostálgica de nuestra tierra, sino también en una invitación para descubrir en nosotros una realidad que emerge desde lo más profundo del ser.

Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa [...] hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal.¹³

De esa individualidad tan idealizada nacería su característica imagen de poeta nacional, una que, al pasar los años, se le ha querido interpretar lejos de sus motivaciones más íntimas. La pura asociación que en ocasiones se le da al jerezano con la de un poeta cívico limita enormemente el panorama que sobre sus poemas se extiende, y no permite descubrir a un autor que va más allá de sencillas lecturas.

El misterio que encierran los pasos de López Velarde no solamente queda evidenciado por las extrañas coincidencias que podemos encontrar en algunos detalles de su obra, que parecieran atravesar de forma casi premonitoria los eventos que sucederían al momento de su muerte. También su propia vida, es decir, su existencia fuera de las letras, es una constante interrogante que, hasta la fecha, solo permite ciertas aproximaciones.

Si bien la idea fatídica de la muerte del poeta pue-

de resultar seductora por su esencia mítica, resulta al mismo tiempo coherente con su forma de concebir la vida, bajo el prisma de un mundo imaginario. Esto significa que el fallecimiento de Ramón López Velarde y todo el mito que cobija sus últimas horas no puede ser justificado de una forma totalmente racional. Las intenciones documentales que se han propuesto aclarar objetivamente sus pasos han caído en la inevitable situación de una imposibilidad irremediable. Los testimonios resultan increíbles y la gitana vuelve a aparecer como pieza fundamental de una madrugada trágica, de una premonición extraordinaria.

Pensar en que cada versión de los hechos puede ser cierta es quizá la mejor manera de remediar el maremoto de ideas que giran en torno al poeta. Es mejor creer en su posibilidad, en que las historias son pensadas así, porque son verosímiles. Que para cada hombre fantástico puede acontecer una muerte fantástica.

Fuentes

Cortázar, Julio, *Clases de literatura*. Berkeley, 1980, Alfaguara, México, 2013. González, Jesús B., «Cómo murió López Velarde», en *Revista de Revistas*, 21 de junio de 1936. López Velarde, Ramón, *Obras*, José Luis Martínez (compilador), Fondo de Cultura Económica, México, 1994. Pacheco, José Emilio, *Ramón López Velarde. La lumbre inmóvil*, Marco Antonio Campos (selección y epílogo), Era, México, 2018. Paz, Octavio, *El camino de la pasión: Ramón López Velarde*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001. Pessoa, Fernando, *Obras em Prosa*, Cleonice Berardinelli (compilador), Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1982. Villaurrutia, Xavier, «La poesía de Ramón López Velarde», en *Ramón López Velarde, El león y la virgen*, Xavier Villaurrutia (selección y prólogo), UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 40, México, 1993, 3ª. edición, pp. IX-XX-VI. <https://fdrlv.colsan.edu.mx/wp-content/uploads/2020/04/1993_elleonylavirgenC.pdf>.

¹³ Ramón López Velarde, «Novedad de la Patria», en *Ibidem*, pp. 282-283.